

Conferencia sobre el fuego

Diego García Rodríguez

El Nigromante tenía un diario pormenorizado de su vida. Como ávido escritor y ferviente creyente del realismo científico no podía dejar escapar un detalle. También llevaba registro de sus sueños. Debido a que los apuntaba con lujo de detalle se fue volviendo cada vez más consciente en ese mundo, hasta lograr ejercer su voluntad como en la vigilia. Su intensa vida política tenía una contraparte aún más intensa en el mundo onírico, descrita a detalle en sus diarios. En estos se narra como lentamente fue dominando el arte de volar.

El primer registro que se tiene de un sueño donde inicia a ser consciente data de su juventud, el jueves 5 de julio de 1833, con apenas 15 años apunta: “Tuve un sueño ligeramente diferente a los demás. Estaba en una plaza y había muchos pájaros. Toda la gente estaba corriendo a otro lugar, como apurada. Recuerdo que pensé que estaba despierto, en ese momento se me ocurrió ver la hora y sentí como si todos en el sueño me miraran. Las horas del reloj eran extrañas. Con estupor me di cuenta que, en efecto, había despertado en el sueño”.

No sabemos si el Nigromante estaba al tanto de la metodología necesaria para despertar en los sueños, no existe ningún libro o nota al respecto en su extensa biblioteca ubicada en San Miguel de Allende en la calle Dr. Hernández Macias, revisada a profundidad por la Sociedad de Astrología Invertida. Creemos que su afán por registrarlo todo devino en ello, que fue un accidente. En una entrada de 1845 escribe: “He andado un largo recorrido. Recuerdo que viajé al sur, caminando por senderos que estaban solos, atravesando cerros y

ojos de agua. La luz del sueño es cálida, nunca quema. Me acerque a la orilla de un desfiladero y recuerdo que pensé en volar. De repente estaba viendo todo desde arriba”.

Las entradas sobre el vuelo en los sueños empiezan a ser relativamente constantes a partir de este momento. Su predilección era volar por la zona del cerro del Culiacán, a través de los volcanes de Valle de Santiago y Yuriria, sobre los que tiene numerosas notas.

Solo volando fue posible que pudiera ver la constelación que los volcanes formaban en el Valle de Santiago. La Osa Mayor se plasmaba casi de forma perfecta, así lo deja ver el trazo que dibujó sobre el plano que Ezequiel Ordoñez publicó en 1899 en el tomo XIV de las memorias de la Sociedad Científica “Antonio Álzate”. El dibujo modificado lo podemos encontrar en uno de los primeros libros de geografía de primaria del país, donde aparece al lado de la constelación de la Osa Mayor.

Como mencioné, la constelación se trazaba de forma casi perfecta, ya que faltaba un cráter que reflejara a una de las estrellas y esto era un tormento para el explorador de los sueños: faltaba el reflejo de Mizar. Aquí inicia la búsqueda, aquí nace el interés que tiene la vida onírica de El Nigromante para la Sociedad de Astrología Invertida; con la obsesión por el volcán faltante nace el astrólogo terrestre: ¿Como se invoca un volcán, para que la correspondencia entre el cielo y la tierra sea perfecta?

“Dios no existe, pero existe el mundo, y en su seno, un mar de lava. Es su alma, un espíritu que habla con el rugido de los volcanes”, escribió en su diario en 1847. Había que hacer surgir al alma del mundo, llamar al fuego a que se hiciera presente, a que extendiera su

saludo hacía la solitaria estrella. “El fuego ha acercado los desiertos de la tierra y del firmamento”, escribió Cioran tiempo después.

“¿Cómo se atizan las llamas ocultas en las profundidades del mundo? ¿Qué llamado hará nacer la lava? ¿Quién tiene que soplar para que una chispa florezca en erupción?” Se preguntaba mientras volaba por las noches, en una nota de 1854. Sus ojos observaban con cólera la ausencia del cráter y lo deseaban, pero no sabía cómo llamarlo, no sabía cómo abrir la tierra del sueño para que el volcán naciera. A partir de entonces las entradas del diario pierden la cualidad de registro y se vuelven escritos de carácter más subjetivo, o por decir lo menos, mitológico.

“Soy un Prometeo inverso, no deseo volar al sol sino descender a las profundidades del mundo para traer fuego desde el seno de la tierra y hacer nacer el volcán ¿Se quemarán mis alas? ¿Cuál será la venganza de los dioses ante mi deseo?”, escribe en una noche de diciembre de 1856. “El amor no es sino un fuego que transmitir. El fuego no es sino un amor que sorprender”, apuntó Bachelard.

El fuego consume, pero también ilumina. ¿No era esa la búsqueda última del Nigromante, la iluminación? Se debe de plantar una chispa, como una semilla, para que brote el majestuoso árbol de ceniza. Se hará el caos, pero el signo que regirá será el de la purificación por el fuego. La constelación estará completa, será la obra final, aquella a la que aspiró el ser humano al alinear las pirámides de Egipto con el cinturón de Osiris. El cielo en la Tierra.

En su conferencia titulada “Materialismo y espiritismo” de 1875 El Nigromante sentenció: “Un espíritu (...) no retoñará como una higuera, ni conocerá el amor sensual como los hombres”. Sin embargo, estudiando sus numerosas notas en archivos, podemos leer como su espíritu, si bien no retoña ni experimenta el amor sensual, se inflama y se vuelve el fuego deseado: “Aquí no soy yo, yo soy otro, una chispa incandescente, un alma ígnea que puede quemarlo todo, veo mis manos, son llamas blancas, todo lo que toco arde”. Aquí el hombre se desdibuja y el arquetipo se asoma. No es ya un liberal histórico, sino un Mago; es la *estrella de la mañana*, el *Sembrador de fuego* de Jung que anunciaba las esferas de luz que vemos volando en los cielos, es el Dios Salvaje que canta Nick Cave y que vuela como un ave prehistórica alrededor del mundo, es Rimbaud volviendo del infierno con su cabellera de fuego haciendo llover estrellas.

Invocar un volcán. Nadie había soñado tan dementemente algo así. Nadie lo pudo concebir, más que el más fervientemente ateo de una generación de ateos hundidos en el deseo de revolucionarlo todo. Sus ojos, llamaradas de deseo, iban cediendo al sueño dentro del sueño, que es el despertar en nuestro mundo, y así, lentamente, el Nigromante abría los ojos, tomaba a grandes tragos un vaso de agua y procedía a escribir, con grandes rayones, todo lo que había soñado por la noche.

Acompañadas a las notas hay abundantes dibujos, esquemas para construir todo tipo de maquinarias y artefactos: estudios sobre pedernales gigantes y planos de construcción de para-rayos totémicos. Resaltan los planos de una catapulta invertida hacia la Tierra que dispararía una esfera hacia el centro del planeta. También contamos con los diagramas para un caldero alquímico que cocinaría la mezcla del *fuego seminal*; una sustancia-semilla

tratada con métodos astrológicos, cocinada lentamente bajo la influencia de Marte y vaciada cuando la constelación de la Osa Mayor estuviera en el cielo, aproximadamente de mayo a abril. El *fuego seminal* sería introducido a las entrañas de la Tierra para fecundarla y así hacer nacer el tan anhelado volcán.

No hay registro de que El Nigromante construyera o intentara construir alguna de estas invenciones. La especulación de la Sociedad de Astrología Invertida es que estas maquinarias si se construyeron, pero en sueños. Es por ello que el Nigromante hizo instalar un sismógrafo en su recamara, para registrar si sus experimentos oníricos tenían algún impacto en la realidad, ya que es bien sabido que un volcán se anuncia por temblores. La metodología científica prevalece. Nos quedan los esquemas, diagramas, instrucciones y pruebas de lo que el cosmonauta ígneo realizaba mientras dormía.

Es muy difícil saber si el Nigromante tuvo éxito en su empresa, sin embargo, dentro de las divisiones de investigación sobre la levitación de la Sociedad, ha surgido una hipótesis que ha ganado adeptos en los últimos años: la de la ruptura espacio-temporal en los sueños. En esta se alega que las acciones en el mundo onírico si pueden repercutir en la realidad, simplemente no en nuestra realidad, en la que estamos experimentando ahora. Puedes sembrar un árbol en tu sueño y este crecerá 100 años después al otro lado del mundo o bien creció en el pasado y en alguna mañana de verano te quedaste dormido recostado en su sombra.

Esta hipótesis ha servido para relacionar los eventos que ocurrieron a finales del siglo pasado en Valle de Santiago en Guanajuato o en el nacimiento del Parícutín en Michoacán en la década de los 40s.

“Sentí muy fuertes temblores y vi la tierra abrirse en largas fisuras. Por estas grietas surgió una humareda de fina arena gris tan alta como la mitad de la altura de los pinos que la rodeaban” dice el testimonio de una de las personas que vio nacer el volcán Parícutín en 1943. Uno de los últimos sueños que el Nigromante apuntó menciona: “La tercera máquina está completa, pero por alguna razón estamos en otro campo. Es un sembradío de maíz, había un hombre campesino que me observaba fijamente mientras empezaba a brotar humo del piso. Me le quedé viendo y se persignó”.

En un periódico de Valle de Santiago en la mañana de 1989 podemos leer: “Campesinos observaron una extraña luz que salió de la Olla de Cintora” sobre un posible vuelo del mítico Nigromante deseando llamar un volcán o quizá explorando la zona en uno de sus numerosos vuelos.

En su conjunto, sus notas y esquemas son el testimonio de un hombre visionario para la Sociedad de Astrología Invertida. Es el archivo de un proto-astronauta que se vio afectado profundamente por su experiencia de estar ante el mundo y hombre de su siglo, quiso hacer algo al respecto. Completar una constelación terrestre es una tarea titánica, absurda y absoluta, digna de nuestros mayores respetos.

Al final, se puede decir de él lo mismo que Bachelard apunta sobre Novalis, que este “ha soñado la cálida intimidad terrestre como otros sueñan la fría y espléndida expansión del cielo. Para él, el minero -o en este caso, El Nigromante- es un «astrólogo invertido».